

Nuestro verano en el nombre de María

En nuestro hemisferio, el verano es casi sinónimo de “vacaciones”. Pienso en tantos salesianos y colaboradores que en este período organizan Campamentos de Verano...

Y es maravilloso saber que en el centro de este período hay una bellísima fiesta de **María**: la Asunción de la Virgen a los Cielos.

Y me acordé de una vieja historia sobre un maestro que, inclinándose desde su ventana que da a la plaza del mercado, vio a uno de sus estudiantes, un tal **Haikel**, que caminaba con prisa, muy afeitado. Lo llamó y lo invitó a venir donde él estaba:

“Haikel, ¿has visto hoy el cielo?”

No, maestro.

¿Y el camino, Haikel? ¿Has visto hoy el camino?”

Sí, maestro.

¿Y ahora, lo ves todavía?”

Sí, maestro, lo veo.

Dime, ¿qué ves?”

Personas, caballos, coches, comerciantes que se mueven, agricultores que toman el sol, hombres y mujeres que van y vienen, eso es lo que veo.

Haikel, Haikel –amonestó benignamente el maestro–, en cincuenta años, dentro de dos veces cincuenta años habrá todavía un camino como este y otro mercado similar a este. Otros coches traerán otros comerciantes para comprar y vender otros caballos. Pero yo no voy a estar, tú tampoco estarás. Entonces yo te pregunto, Haikel, ¿por qué tanta prisa si ni siquiera tienes tiempo para mirar al cielo?”

Aquí está, el don de María en la fiesta de su Asunción: una invitación a mirar el cielo. No podemos olvidar la primera línea escrita por **Don Bosco** en *El Joven Instruido*: “Observen, queridos hijos míos, todo cuanto existe en el cielo y en la tierra”.

Las fiestas de María, como sus manifestaciones en muchas partes del mundo, son una orientación para la vida y una ardiente invitación a no olvidar el cielo. Incluso en medio a las numerosas y placenteras actividades, al descanso, en la naturaleza.



La “discípula misionera”

Poco tiempo hace que me encontraba en México. El 11 de mayo tuve el privilegio de presidir la peregrinación anual de la Familia Salesiana mexicana y la solemne Eucaristía en la *Insigne y Nacional Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe*. Y una vez más pude ver, sentir y tocar la fe del pueblo de Dios y el amor a María, madre de Jesús y madre nuestra.

Pero por la noche nos esperaba un regalo aún más especial: la oportunidad de visitar la pequeña sala que alberga la imagen de la Virgen para poder contemplarla de cerca e incluso “tocarla”. Ahí se encuentra esta tela de fibra vegetal proveniente del agave, llamada *tilma*, una especie de mantel utilizado por los simples nativos de esa zona en 1500.

Todos conocéis la historia, así que me detengo aquí. Sin embargo, desde 1531 el icono de nuestra Madre se ha impreso milagrosamente de una forma sorprendente en un tejido que normalmente no dura más de veinte años, aunque esté bien cuidado. Y el de Guadalupe tiene más de quinientos años. Este “evento guadalupano” es una serie de signos (tales como la preservación de la tela, los colores, etc, pero también la fe y la devoción de la gente), que ponen en evidencia la estrecha relación, la presencia, la ternura, la maternidad y el auxilio de María, con el pueblo de Dios y que se extiende a todos los pueblos y culturas. Tanto en el *Tepeyac*, la colina donde ella se le apareció al indio san **Juan Diego**, como en cada rincón de la tierra donde ella ha querido estar presente en diferentes formas, especialmente en la fe de sus hijos, su presencia, cercanía y ayuda se sienten y empujan a todos a vivir con una fe profunda.

María, en el *evento guadalupano* desde hace quinientos años hasta la actualidad, ha querido mostrarse como madre que lleva en su vientre “el Verdadero y Único Dios, Aquel que es el Autor de la Vida”. Ella, humilde sierva, se presenta siempre en referencia a Él, su Hijo, el Hijo de Dios. Y entonces quiere no solo “mostrarse” a sí misma, sino anunciarlo a Él, “mostrarlo” a Él.

Es así como ella se manifiesta *discípula misionera* que lleva a Jesús a la gente, a nosotros hoy aquí y a cada hijo hasta los confines de la tierra.

Desde la cúpula de la Basílica

María de Guadalupe es “nuestra” Auxiliadora que se acerca a cada hombre y mujer y con su ayuda “muestra” a Jesús. En el cerro del *Tepeyac* llevaba a Jesús en su vientre, no por sí misma, sino para darlo a conocer. En Valdocco, en el magnífico cuadro pintado por **Lorenzone** de acuerdo a las inspiraciones de Don Bosco, ella trae al bebé en brazos *dándolo, mostrándolo, haciéndolo visible*.

Una semana más tarde, tuve la oportunidad de celebrar la fiesta de María Auxiliadora en Valdocco, junto a miles de fieles de todas partes de Italia y del mundo. Sentí la misma emoción que en Guadalupe, con una tonalidad enteramente salesiana, porque Ella viene proclamada con el nombre tan querido por Don Bosco. En esos patios en los que vivieron, jugaron y caminaron a la santidad **Domingo Savio, Miguel Rua, Felipe Rinaldi**, Don Bosco, los innumerables jóvenes del Oratorio y los primeros salesianos.



Puedo imaginar un puente invisible entre Guadalupe y Valdocco. En Valdocco he orado por los mexicanos que conocí en Guadalupe, tal como les había prometido, y cuando hice esa promesa la Familia Salesiana de Guadalupe reaccionó conmovida y con un caluroso aplauso.

En Valdocco, he comprendido claramente las palabras de Don Bosco: “Ella lo ha hecho todo” y sé con certeza que la Virgen “continúa haciéndolo todo”.

Desde el *Tepeyac*, desde la cúpula de la basílica, desde las numerosas iglesias dedicadas a Ella por los salesianos en el mundo, María protege a todos los jóvenes y los salesianos para que ninguno se pierda en el camino al cielo, donde Don Bosco nos espera a todos.

■ Ángel Fernández Artime
Rector Mayor

